

# Informe sobre Interruptores

Tsunamis irrelevantes que arremetían contra la cabaña del Tío Alejandro sin desmantelarla y la Laura se bronceaba boca abajo, todavía sin babear, con el sujetador desanudado. La fricción pecho-toalla silba balneario arriba. El Niño arremetía contra las palmeras con precisión admirable, y, cada cuatro atentados, un coco caía en la orilla. Esa tarde, uno de los frutos en cuestión le cayó al Ismael en la cabeza, y pasaron varios segundos antes de que entienda que debía llorar. Chilló como si hubiese metido el pie en flamas celestes pero en lo absoluto celestiales, y, mientras calculaba la gravedad de las supuestas quemaduras, metió los dedos en la fogata del Renato. Por falta de otro mecanismo para decirnos que le dolía incluso más que cuando le cayó el coco en la cabeza, dejó de llorar. Esperamos que hubiese entendido que llorar por dolor no tiene sentido, pero esa misma noche el idiota del Abelardo le quemó con el cigarrillo, y lloró más maduro pero más duro.

Nunca me pasé del todo bien en la playa. Nunca me pasé del todo mal, tampoco, pero apuesto a que la mayoría de ustedes se la pasaron mejor. Debe ser mi paranoia, porque ni siquiera la Tía Tuna me confesó que el agua era mala y que ningún ángel no lloraba al bañarse en este océano. Pero venga, que ella fue la que me contó de los Remolinos, y si bien ni siquiera allí me tenía tanto respeto, sabía que nadie apreciaría esa manera de arruinar la estadía en la cabaña. Y venga también, que estaba rebuena, (la cabaña, me refiero) y nunca nos faltaba la gente para jugar al Cuarenta o para conversar sobre cine, y la Tía Tuna nos dejaba poner cualquier elepé excepto el Disco de la Banana. Estoy seguro que,

objetivamente, me la pasé mejor que muchos tipos que sí establecen tendencias en la bahía, pero, y esto también puedo confirmarlo ahora, nunca me abandoné suficiente. Yo mismo ponía los candados antes de acostarnos, y yo mismo bajaba a revisar si sí había guardado las Zucaritas en las gavetas, porque el Tío Alejandro solía arrojarlas a todas al avistar la primera hormiga, y eso que él fue el que nos dio de comer saltamontes achocolatados en navidad y zorrillo por el cumpleaños del idiota del Abelardo y yo mismo me levantaba a lavarme la cara y bajar al living y asegurarme que los moros seguían en su costa y guardar los cereales en los tupperware por si acaso a Tío Alejandro le venga una nueva epifanía. Dormía poco en vacaciones y nunca usaba calcetines. Me parecía que tenía poca onda, y claro, me clavé este tornillo de aproximadamente setenta centímetros en el pie derecho y el que sangró medio verano fue mi estilo y ya no quería salir al malecón con mis hermanos: ellos sí podían ir descalzos y mantenerse radiantes y vulnerables a los pernos. La Tía Tuna solía comprarnos helados de ron pasas en el puerto. Luego caminábamos hacia Los Cerros. Allí nos encontrábamos con la Laura, que para el rabo que tenía era más bien introvertida, pero como era un poco mayor a mí se fijaba en el Renato. Eso me dejaba con la Angélica, que tenía lindos ojos pero un genio insoportable, y siempre se molestaba con el Ismael y nunca le hacía mucho caso hasta que llegaban el Renato con la Laura cogidos de la mano, y entonces tenía que enorgullecerse de sus dotes femeninos y abrazarme y jugar con el Ismael y sentirse la mejor madre en potencia de la península. Ya creerán que no me caía tan bien, y no porque no me guste la gente falsa, sino porque, llorón llorón, el Ismael era mi hermano, y tal vez por eso con la Angélica en vez de sentirme realizado me sentía manipulado, y tal vez por eso nunca apreciaba que me pidiese que la lleve a las olas a mojarnos los pies y atrapar a las jaibas y descuartizarlas y ella me decía que no caminaría hacia un atrás por nadie

y yo no le decía cómo me enfermaba su comentario feminista pero le hacía esta mueca pro-marisco que seguro identificaba.

Una vez caminaba y me mojaba los pies en la playa, pero estaba solo. Había amanecido este cielo sin nubes y sin gaviotas. Había olvidado ponerme bloqueador, pero no fue por apurarme a avistar el amanecer. Sí tenía sueño. Suspiré puberto y salí a pensar, pero todos saben que para pensar en la arena se necesitan al menos quince minutos de estado vegetal. Obediente, pues, vegeté. La brisa me pegó en la cara y recuerdo tragarme más de una onza de arena. Luego fui sólo cuerpo: mi alma se había largado hacia los helados de ron pasas qué, derretidos derretidos, contaban con mayor índice de ki. Había empezado el ritual a las ocho y treinta y tres y cuando regresé, vacío, eran casi las nueve. Me reincorporé, cuidando de no tropezar con el charco de saliva. Seguro se evaporaría de inmediato. Mierda: de veras debería ir por ese bloqueador. Entonces la paranoia me surtió efecto de nuevo y me puse a pensar cuando sería la próxima vez que me concentraría en Vegetalizarme, y decidí caminar, más solo todavía.

¿Habría un switch al fondo del océano? ¿Señalaría prendido o apagado?

Entonces me vino un deseo incontenible de olvidar mis prejuicios y sumergirme y ahogarme si fuese necesario para encontrar aquél hipotético manubrio plástico que nos cambiaría la vida a todos. ¿La corriente se desplazaría al lado contrario? ¿Las ballenas nadarían de espalda? ¿La Laura entraría en razón y entendería que el huevón del Renato sólo sirve para la pirotecnia?

Me encontré con la Angélica y el idiota del Abelardo tirados en las rocas. Eran las nueve y seis. La Angélica me vio a los ojos y recién entonces me di cuenta que tenía los mejores ojos del planeta y que quisiera sacármelos y

llevármelos conmigo y guardarlos en mi velador para que se mantengan no sólo lejos de la estúpida de la Angélica sino del idiota del Abelardo. Pero la Angélica se llevó el dedo a la boca y me dijo que no diga nada sin realmente decirme nada, y yo la entendí, hipnotizado. Le besó al idiota del Abelardo y él le agarró los muslos y ella le sopló un puñado de arena de mano mediana en los ojos apenas particulares y se retiró corriendo. Adoré a la Angélica y adoré lo puta que era, y quise correr a los Cerros y decirle que tiene los mejores ojos del planeta y que no se me vaya ahorita, porque sabía que no me engañaba cuando se hacía la que le quiere al Ismael y que iba a ser una madre extraordinaria. El idiota del Abelardo me detuvo y que ni se me ocurra seguirle a ella. “Idiota”, le dije y le pateé en la pantorrilla, y corrí a encontrarme con la Angélica, pero escuché el silbido de los pechos de la Laura bronceándose, y no pude evitar acercarme. Eran las nueve y diez. Me pregunté por qué carajo hoy todo el mundo se ha levantado tan temprano, y me acerqué a la Laura a saludarle, apurado. Ella se sujetó el sujetador y se levantó y estaba mucho mejor que el día anterior. Me preguntó por qué estaba tan apurado, yo le dije que no estaba apurado en lo absoluto. Me cogió de la mano y dejó sus cosas en la playa y nos fuimos a la heladería. Ya se imaginarán lo creativo que me puse. Entonces me preguntó sobre el Renato y sobre qué hacía el Renato y si tenía novia el Renato y si le gustaba al Renato y que cuál era mi opinión del Renato. Yo le dije que Borges dijo que las opiniones son los más superficiales de los pensamientos. Ella me dijo que las quería saber igual. Yo no supe qué decirle. Me quise quedar allí y acabarle al Renato y expresar todos esos deseos que se me vienen acumulando desde el otro jueves y olvidar a la Angélica e incluso decirle a la Laura que tenía los mejores ojos del planeta. Pero el Renato era mi hermano, y, por último, la Laura sería mi cuñada, y así la vería más que en las vacaciones de playa. Quizás luego se pelearían y vería en mí lo que le gustó de

él, pero más, y al final me quedaría con ella. Pero le dije que sí, que el Renato la quería, y ella me dice que ella lo amaba, que amaba que no tenga miedo a volarse los párpados, que amaba su manera de pescar, que amaba cómo le acariciaba el ombligo pensando que ella no se daba cuenta. Creí que la Angélica hace un ratito me guiñó. Quise salir, alimentar *alguna* esperanza. Le dije que sí estaba apurado. La Laura se sonrojó y me dijo que no me preocupe de los ron pasas. Casi le respondí que igual no me iba a preocupar. Llegó el Renato. Eran las diez y diez, y ella corrió a él y la verdad me parece un poco patética, y ese día le perdí a la Laura una pizca de respeto. ¡Eran las diez y diez! Seguro a la Angélica se le hubiesen perdido las intenciones, cualesquiera que fuesen, pero yo le diría que la Laura me había arrastrado y ella seguro se identificaría con mi situación: eran hermanas, a fin de cuentas.

La Angélica me esperaba en los Cerros. Me dijo que mi hermano Abelardo era un idiota. Le expliqué mi interrupción con la Laura, y ella me dijo que me comprendía perfectamente, que eran hermanas. Sólo bastaba un cumplido a la Espiritualidad de los Ron Pasas, pero no dijo nada al respecto. Me dijo, por fin, que quería que la acompañase. Me tomó de la mano y yo le dije que tenía los mejores ojos del planeta. Me dijo que lo sabía. Luego bromeamos sobre los faros y el amanecer poco significativo.

Entendí que no había intenciones. Cada vez que quise abrazarla, forcejeaba sin fuerzas para liberarse. Yo sí me doy cuenta de *esos* empujones. Acabamos en Jimmy's, pero ambos comimos poco. Pronto, argumentaba a favor de los silencios premeditados y luego nos llenaron los silencios, pero de los incómodos, y decidí que me tenía que ir. Ella me veía retraída, y me repetía lo idiota que era mi hermano Abelardo, y luego parpadeaba con fuerza en un solo ojo y me decía

que se divertía guiñando a los extranjeros y yo no vine acá para que me den lecciones de patriotismo.

“Mi hermano no es un ningún idiota”. Le dije, y me salí del Jimmy's. Ella dijo que no me preocupe de la propina y yo ni me la creí. Cuando regresé al día siguiente, el Johnny me dijo que no había dejado nada y tuve que pagarle yo.

Antes del día siguiente, me acerqué a Abelardo y le dije que lo sentía. Él sonrió, superándome en creces. Nos miramos un rato. Al minuto, le hablé sobre el interruptor al fondo del océano, y me dijo que también nos apagaría a todos.

Me alegró que dijera eso, pero no mejoró la estadía. El Ismael, en cambio, se puso a llorar de nuevo, porque sí sabía distinguir los tsunamis irrelevantes de los que le van a marcar la niñez.

“Lo que le digo es que cada vez vienen menos, y que un día de estos no voy a tener otra opción que enterrarlos yo mismo. No se preocupe: desde que dobló me di cuenta de que venía del extranjero, y sé que nadie va a venir a dejarle crisantemos a usted. Además, tiene cara de simpático. ¡Todos tienen caresimpáticos antes de los siniestros! Tal vez quiera echarme a la misma fosa que el resto de psicópatas, pero le juro que soy una rareza. El radio del sufrimiento creado es el que me interesa, y cuando si me pongo a pensar sobre aquello, se me van las ganas. Del todo. No de vender la escopeta y dedicarme a diseñar cupones de promoción para las guías telefónicas: hablo de abandonar a los muertos para siempre. *Mis* muertos, si me permite. Estoy cansada de mirar cómo florecen los camposantos privados en las noticias, con sus orquídeas importadas en la sección

de Alcaldes y con los girasoles en las leyendas de rock alternativo. Acá la hiedra se nos volvió amarillenta y los epitafios perdieron todo el poder de shock. No se culpe a nadie, me dirá, y que la leyenda se construye a base de citas sin poder político y que recién madurarán para la próxima generación del partido. Yo le culpo al municipio, a la Gente de Luto, a la medicina moderna. Imaginaré que ya me he puesto creativa, y duele. ¿Se imagina usted lo que es arrancar pétalos a las rosas de forma que la sumatoria sea par, de forma que no se quiera a nadie? El target suicida me es el más cruel, quizás, pero, al final del día, tiene que ser el más viable. Usted tiene rostro de melancolía, y le juro que no quiero darle pena, y le juro que su cadáver me sería inútil. No intente nada divertido. Cómpreme una rosa, quizás, y sí, tal vez sea por la pena inversa, pero le juro que no me importará, le juro que respetaré a sus parientes, le juro que si me deja una lista, no me cargaré a nadie. No he matado todavía, es solo una idea. Es que una también tiene que ganarse la vida. El pensamiento me atraganta, y sé que usted va a querer denunciar mis intenciones, pero le ruego que considere, también, quién me juzgará y con cuánto poco corazón, y que visualice a las tumbas de sus madres, sin ornamentos, tan heladas, tan vacías, tan desfloreadas."

No estoy tarde, pero tampoco tengo tiempo para organizar picnics. Siempre me pierdo antes de los diagnósticos, pero nunca llego tarde. En las noches me despierto, sudado, pensando en qué haré el día que llegue antes y no tenga dónde perderme, y el tedio es el que arremete contra mis pesadillas realmente intensas y desde hace cuánto tiempo que no tengo un buen sueño húmedo y es todo culpa de mi puntualidad. Me manda un beso volado,

inquietante, y sé que no me va a apuntar, porque parece ser buena onda. Buena onda my ass, sí, pero y por qué me voy a resentir. Me he convertido en un tipo comprensivo y todavía no sé cómo justificar mi nueva tolerancia. No le devuelvo el beso, pero le hago esta mueca incómoda, como adolescente, y ella me sonrío, con la mano en el cañón. Me voy, sin mirar atrás. Recuerdo todas esas películas que te dicen que no debes mirar hacia atrás y la verdad es que no todas son malas, pero es al mirar hacia atrás que te sobrecoge esa hermosa nostalgia que transmutará al único argumento que te mantenga despierto hasta el clímax. No hay mirada hacia atrás, y piensas cuánto mejoraría la cinta si sí se diera la vuelta. No miro hacia atrás pero no porque crea que mi relato es inmejorable, sino porque me cago del miedo. Si me meten un tiro, por lo menos que no me caiga la pólvora en la cara.

Anécdota Time: como estoy impredecible y tan solo me quedan siete minutos, no va a ser la de la Visina y los cogollos regados en la vereda. Yo, al contrario de lo que dirán mis antebrazos, no estoy familiarizado con las armas de fuego, y la única que me sé es la del albino que le quiso a tocar a la Marlene (la de la sangría y los bolones de verde, esa Marlene) y corrió colina abajo, y el Tío Alejandro, colérico, cabalgó colina abajo, disimulado y con la Colt en la mano derecha. Se escuchó tres disparos. Yo, por supuesto, no estaba allí. La Rocío dice que le interrogó, pero el Tío negó todo. No se hicieron más investigaciones y no sé encontró ningún cuerpo. Esa misma noche, y esto sí lo puedo testificar, le encontraron al Tío Alejandro ebrio por la Marlene y abrazado de la Marlene. La Tía Tuna graznaba sobreaguda. El Tío Alejandro obedeció en seguida a sus reclamos, casi sonriendo, porque se le acusaba sólo de desleal cuando él, según su él asediado por la ebriedad, había matado a un hombre blanco. La infidelidad de todas formas iba a ser cuestionada, porque el Tío no era tan absurdo como para

intercambiar las piernas de la Tía Tuna por las verrugas de la Marlene, sin importar el sabor de sus bolones.

Yo no soy un hombre de polaroids y de calendarios de paisajes, pero el atardecer se me proyecta como un evento importante. Llega el atardecer y llego yo, y no estoy tarde. Todos están borrachos y quiero marcharme. Sin embargo, me dijeron que así mismo era siempre, y si me voy hoy no regreso mañana. Hieden a aguardiente cuando deberían heder a escocés, y sé que el problema es más psicológico que digestivo. Lo sé, de veras, para eso me pagan. "Curado, ya llegó tu hembra". La hembra soy yo y Curado es el paciente. Obvio, no llega, y el atardecer se escurre en el firmamento y los pequeños agujeros de la lluvia, y ya veo la primera estrella cuando de veras considero marcharme e informar que mi paciente no pudo con su carga, y me toman por la espalda, me abrazan con desmesura y me introducen en el living. Me mareo, pero por la vieja.

Hablan de los sueños, de los chuchaquis, de las ventajas de alquilar condominios al borde del abismo. No me hacen muchas preguntas y es comodísimo. Pasan un par de minutos antes de que me haya introducido, y tan sólo tuve que dar a conocer los más breves esbozos de mi tratamiento para que me arrojen al Plano Secundario. El Contagiado se quejó de las botellas ausentes, y el Ascendente le dice que deje de ser huevón, que les bastaba para un par de milenios. El Contagiado me pasa un vaso, y me dice que cuidado lo deje deslizar, y el Ascendente me explica, como avergonzado, que tiene razón, y que si estropeo los vestigios de su cristalería no van a tener otra opción a castrarme, "porque el mundo tendrá un futuro mejor sin manos sudorosas". Les pregunto, en el tono menos ofensivo posible, acerca del Curado y acerca de mi recepción ambigua. Ellos se disculpan sin darle mucha importancia a la ofensa o al reclamo, y me dicen que le dolía el estómago y que ha tenido que calmarse con las telenovelas.

Me dicen que me quede. Que no hay toldos en el cuarto de arriba, pero que a los zancudos desde pequeños ya les inculcan el miedo al limbo. Me convencen, pero porque no quiero reencontrarme con la vieja mañana demañana. Nadie se presta para bajar las cobijas y nadie se va a prestar porque Pirómano es el guía conversacional ahora, y nos cuenta las aventuras con silbadores en año nuevo y las recetas de la mermelada de la Tía Carmela y las últimas palabras de cada primo después de desconectados los tanques de oxígeno, y, sí, me divierto, pero por el otro lado, aparte de la Tía Carmela y sus problemas publicitarios, tienen una absoluta ausencia femenina, y esto les otorga la mayor de las sinceridades y la mayor de las atrocidades, y entiendo que este detalle no se debe a algún resentimiento con las Paracaidistas Liberales, sino porque no se han obsesionado con una mujer en décadas cuando horas ya nos parecen demasiado, y que hace rato dejaron de intentar. Casi cometo la insensatez de preguntarles.

"Y sí, conocimos a una hace unas semanas. Sólo el Vidente intentó probarla y ella no dudó en raptarlo."

Extraño a los toldos y mi cuerpo extraña los toldos porque tengo esta comezón ardiente, como un panal gótico que no hay que visitar porque la miel nos sabe más blanda, es un veneno tan viscoso y tan blanquesino, como si levitara en pus multicolor y luego sea sólo blanco, como si sí hubiese tenido éxito al bloquear a los intrusos; lo siento puro y me da náusea la pureza que recorre mis inverosímiles limitaciones mamíferas. Deja de caer miel pero se sucede en sábanas pegajosas sobre las hamacas, enfermeras diabéticas hambrientas, campo de trigo en invierno, yo no creo en las premoniciones, mira, mamá, una pesadilla.

La Susana se levanta pegajosa de la hamaca, y le pregunto para qué se llena de sábanas en el clímax del verano, y llega el doctor Conoroostro y me dice que me aleje porque sólo durará un par de minutos y si no se cumplen los horarios se le marcharán, a no-tan-pocos, las esperanzas. Pobre doctor Conoroostro, no entiende todavía que los sobrinos de la Susana le han venido a visitar por la noche y han estropeado la uniformidad de los radios despertador y recién ahora se lleva la muñeca a la mirada, noto que yo no porto el Omega, el doctor Conoroostro se muerde las uñas; es un delincuente más, sí, pero más absorto y menos ilusionado y quizás se siente saciado porque no busca atajos de discurso para decirle a la Susana que no puede tomar riesgos y que le van a tener que inyectar el Fulminante. La Susana, menos suicida que ayer, le dice que no le encierre hasta la hora del té, que le envíe unos mil-hojas y una tarta de nuez y le despache a la enfermera homicida pero después de las seis y cincuenta y tres. El doctor Conoroostro contempla cómo las polillas se devoran las palmeras sintéticas y la hamaca cae en el salón de visitas, repugnante. Le dice a la Susana que tiene hasta las siete y diez para resolver los asuntos con su conciencia, pero que no ingiera lácteos ni mermeladas moras porque son esos los productos que producen el insomnio. La Susana, grosera al considerar su escasa indignación, le dice que ella no planea siestas. El doctor Conoroostro, indignado, sale de la habitación. Como es una pesadilla, la Susana me pide que me quede, y, como estoy dormido, le digo que sí. Hablamos de quehaceres superficiales, como fragmentar fósiles o dismantelar el cuarto de ensayos; el sofá huele a humedad; yo no tengo por qué respetar a esas fotografías si les rodean esos marcos. A los veinte minutos ella pierde el control por segunda vez y tengo el impulso no-tan-reprochable de llamar al Cuartel de Enfermeras. La Susana vuelve a respirar y el frenesí se convierte en sólo oral, no se ve tan mal. Se levanta de la cama y se sienta en el

sofá; me rasguña el brazo, me hiede a menta, convulsiona suavito. Le digo que no y ella pierde el foco y los ojos blanquesinos, como reventados, y me cuenta cómo le reventaron los ojos y quién le reventó los ojos, me pide el paño húmedo moradito no más que cuelga al lado de la caja de los kleenex, le digo que está seco, yo tampoco confío en el agua de la llave, lo llena de saliva y me lo devuelve mojado, le limpio las cejas y me confiesa cómo le asesinó al Mauricio, quién le alquiló la guillotina naranja donde le despojó de las extremidades y quién le prestó la casa de playa minimalista cuyos senderos llenó de sangre demasiado viscosa y donde dejó los brazos y las piernas al empache de los mosquitos. Vago recuerdo de necesitar toldos, pero no llego a despertarme. Los ojos reventados me siguen, sin abrumar. Le pregunto por qué al negro Mauricio cuando cualquier león marino hubiese bastado. “Ellos igual sangran más”. “Es como decir que la pasaríamos mejor follándonos hipopótamos”. Tiene sentido, y me cuenta cómo le quería al Mauricio y tengo un escalofrío cuando se apega al barandal de metal y me guiña con los ojos reventados, ¿por qué te alejas? Ha sido su cama y no ella la que huele a menta, todavía no recupera el control, y me invita un chocolatín, no, no son los carbohidratos sino el negro Mauricio, pero no se lo digo, no es gracioso. Me dice que cenaron en una terraza de manteles limpios, que comieron pan de ajo, langosta, lasaña de langosta, tiramisús, carne de negro y carne de loca, no seas tan gráfica, me responde que fueron lo más minuciosos para no estropear los manteles, que se contenían las tosiditas junto a la chimenea, gaviotas silban bajo las nubes, sobre las nubes, cuidado se rieguen sus babas. No calo Susanita, dice el Mauricio, igual podemos lavarlas. "No germines escándalo sin semilla." Y ahora es cuándo, alza el mantel, le envuelve al Mauricio y no le unta salsa alguna, le besa en el abdomen, le acuchilla sin ensuciar el mantel, le envenena sin ensuciar el mantel, le besa en la frente y llena de labial el mantel, grita, no

recupera el control, cae sobre el trigo, los copos de nieve caen sobre ella, le pido una explicación. "Pásame el paño húmedo púrpura del salón del aseo, se me han reventado los ojos." Sabes, aún guardo el mantel, está en la tercera repisa del clóset izquierdo, ningún doctor me reclama todavía por el espacio. Si quieres sácalo, pero está lleno de labial. No saco el mantel, crédulo. Ella, para suerte de todos, no insiste, sino se arrastra por el sendero sin iluminaciones, suspira exagerada, ¿esto es antes o después del Mauricio? "No germines escándalo sin semilla." En las cuevas, me dice, ya no hace tanto frío, aún pre-caliente se golpea con las Ramas Bajas, se llena de nieve y la nieve se le derrite en la espalda, ligero aullido femenino que fuese más sensual si fuese más cuerdo, llega a las cuevas y hace un silencio extraordinario y le grita a la cueva y no hay ecos ni cuervos. Entonces sale de nuevo a los campos de trigo, y aúlla más mujer, y tampoco hay ecos en el campo de trigo, la nieve le es inaudible. Le insisto que hay espacio para todos, pero no responden, les insisto que compré malvaviscos, pero no están con hambre. ¿Sabes lo que es matar a un negro y que nadie te venga a acompañar la mañana siguiente? Estoy helada y ronca y la verdad es que no había comprado ningún tipo de malvaviscos, y me como las uñas y ahora quisiese que el silencio fuese ruido, no hay ruido, no hay sino el viaje de regreso mañana por la mañana en charcos de lágrimas escurriéndome las botas, mierda, si igual estaba descalza, te juro que no te mentí en nada más, ¿para qué? Por eso no me da miedo el Fulminante, querido, porque sé cuán poco representan las visitas tardías. Ahora soy sólo mi cuerpo y mi urgencia de paños púrpuras y mis ojos reventados y mira que ya llegó el chico de las tortas y apenas acaba el mil-hojas es inyectada y me sonrío cuando yo le beso en la frente, me dice no extraña ningún toldo ni ningún labial.

La enfermerita morenita chiquita alajita está con los ojos inflamados y yo le pregunto qué planea hacer esta noche, me contesta con una pastelería mortal a sólo dos cuabras y media. Ja. Despierto sin los aullidos de nadie, picado.

Le digo que no deseo ningún tipo de panceta y me pregunta por qué, casi reclamándome, y yo no hubiese jamás esperado una reacción así del Ascendente, y creo que no entiende que yo no apruebo el comer cerdo antes de las diez. Luego me sonrío y me dice que no sea huevón, que quién les va a distribuir tocino en un cementerio como este, que lo único que consiguen son huevos de cigüeñas imprecisas, un poco de cacao del árbol del Musicalizado y tres que cuatro mandarinas del Demonio, pero de las falsas que crecen en los huertos de las capitales provinciales, que realmente no tienen ningún peso en la economía de nadie, y por eso sólo preparan los huevos en tortillas con pimienta y fritos con albahaca y revueltos con acelga. Me hace el chiste de la fertilidad del omelet, y me río contra mi voluntad. El Ascendente, menos emocionado, le pide al Pirómano que deje en paz al periódico, y, para la sorpresa de nadie, recita el informe mañanero. Parece ensayado. Primero le putea al Demonio, no por el sabor sintético de su fruta, sino porque él había estado encargado de dirigir la observación en Cerro Norte, y el Vidente se les ha escapado de nuevo. "Huevón." Les recuerda que no pueden salir, pero no usa más insultos. No creo que se sepa muchos más. El Contagiado le dice que él conoce a un Tipo de Luto que dirige un par de estaciones espaciales, y que, de forma satelital, es casi imposible perder a un vehículo. "¿No desmantelaste tú mismo el complejo de espejo del Mortuario? Me pregunto si el negarle la capacidad de producir energía solar vale más que el

Vidente." Habla también sobre las reservas del Contagiado y cuando parece que va a finalizar, les hace rezar. Creo. Juntan las manos sobre la tortilla, manosean la tortilla, silban, tararean ritmos étnicos de tribus que debieron haberse exterminado por su falta de talento melódico, no van a lavarse las manos ni van a persignarse con decencia. Se me va el apetito, pero cortan la tortilla, huelo la tortilla, "magnífica la tortilla". Sí, lo sé, me dice el Pirómano. "El Curado está esperando en la banca trece de la sección Sureste. Si quieres te puedo llevar. Mañana empieza Corpus Cristi, por lo que no es descabellado pensar que no se nos haya muerto nadie." Ni siquiera pensé en levantarme allí, así ya no quede más tortilla. Total, y la cigüeña me supo cansona. "Voy enseguida, gracias." Pero si fuese enseguida, creerían que narrar el desayuno fue una excusa, una escena de transición, un antojo mío por pasar más tiempo con ustedes. No. Me quedé y verifiqué la guía de moteles con el Demonio, y revisé las boletas de lotería e intercambié proverbios con el Contagiado. Yala yala yala, mierda, cuánto tiempo ha pasado, tengo que irme enseguida y me pregunto para qué les conté todo esto cuando el Curado me espera, con un muerto adentro y con Gente de Luto que deja de apreciar las bancas de titanio porque presienten que el sentado está con un muerto adentro.

"Yo digo que las bacterias son las angelicales. Usted seguro ha visto más cuerpos fermentados, pero apuesto a que todavía no ha descifrado los Auras. Yo creo que no tienen que ser descifrados. Usted sabe que no puedo salir de este lugar, pero las pesadillas de supermercado llegan hasta acá: mermeladas moras que nunca van a aceptar la influencia de los sarcófagos y cremas a presión con la

viscosidad adecuada y estos baratísimos retazos de piel de hombre con los gusanos disfuncionales adheridos para hacerlos más sacros. Nadie los compraría igual, Doc, pero usted sabrá entender mis temores. Uno tiene que estar acá y uno tiene que completar el proceso para que apenas empiece a aceptar las justificaciones. ¿Usted ha probado, Doc? ¿La comió también crudísima, por miedo a que la llama le censure las deformidades gélidas? ¿Masticó por casi una hora, porque quién sabe al tragarlo se convierta en angelical usted también, y usted quiere evitar los atajos? Ah, no. No sólo es el sabor sino el pavor. Y no me arrepiento, Doc. Ya se imaginará el cargo de conciencia esa noche y ya se imaginará cómo me reclamaron por derrochar tanto enjuague bucal, pero no es fácil creer en que los conceptos le volteen a uno de formas tan bruscas. Regresé a la tumba el día siguiente y me comí otro trozo. En retrospectiva, fue una decisión insensata, y mi intestino, que todavía no viola su palabra, me había dicho que sólo me perdonaría una vez. ¿Qué tan cuerdo podría estar allí, Doc? Le juro que era el Aura y no el muerto. Eran, si no, los gusanos, y el pobre negro Mauricio nada tenía que ver con el posicionamiento estratégico de su cuerpo. De lejos es una caricia importante, pero es sólo con el palpar de la dentadura que uno puede hacer las hipótesis de su misión. Nunca me esforcé tanto, eso sí. Es mejor, como ya le dije, no entendernos demasiado, pero es sólo quizás el exceso de novelas argentinas el que me tiene pretendiendo optar por las amantes más complicadas. Yo le digo, Doc: no es una adicción. No tengo argumentos decentes ahora, con las mejillas apretujadas y el apetito olvidado, pero le juro que no puedo definir mi situación como un simplísimo nexo Hombre – Sustancia Amansadora. Son los ángeles. ¿No es idiota el imaginar que vendrían a conversar con uno cuando vivo, cuando uno breve, limitado y prejuicioso y productor de pensamientos tan fáciles? He comprendido la profundidad de la inercia y del Vegetalizarse. Verá,

pensé que nunca entendería. ¿Será que el negro Mauricio percibe todas estas señales? A veces me vienen otras culpas y es que quizás le estoy negando los placeres que a mí ya me tocarán, placeres intensos pero limitados, y el Mauricio despierta en medio de la muerte y les reclama a los repartidores de Auras la falta de bendiciones, y ellos saben que deben señalarme a mí. Sólo hay dos desenlaces entonces, Doc: O los comerciantes son sordos porque también han repartido sus orejas y el Mauricio tiene que huir a algún parque de Ecuavoleybol y convertirse en un soñador por el resto de su vida porque le robé la ambición; o, y este es mucho más atroz, el Mauricio conversará con los repartidores y los sobornará y se quedará con mis bendiciones y mis orejas. Llegan poco esas culpas, pero llegan. Qué semanas tan didácticas, Doc. He aprendido a desempeñar casi todos los Rituales Pro-Reflujo, y ya sé filtrar lo etéreo de lo comido. Casi no hay lomo y el otro día se acabaron las costillas. Sé que el muslo no va a ser tan salado, pero uno prefiere los sabores fuertes cuando ya no te regalan especias. Sé que las preocupaciones de todos son digestivas, pero yo personalmente preferiría visitar un dentista. Es decir, hubiese preferido. He cambiado, Doc, y me gusta. Ya no creo en la salud, por ejemplo. Me despierto en las madrugadas a oler las tumbas o silbo en la hora del almuerzo frente a los bustos y no me importa combatir el insomnio o las ayunas. Hay días que solo saco la pala, reubico la tierra y le contemplo al esqueleto del negro Mauricio. Uno se pregunta cosas que antes no se preguntaría, Doc, y gracias a Dios no me conoció más joven, pues era un idiota, un malandrín que le robaba los whiskys al Contagiado no por alcohólico sino para arruinar la contabilidad del día siguiente. He madurado. Ahora puedo aceptar que en unos años el negro Mauricio se hará polvo y que tendré que inhalarlo y que estornudaré los últimos restos de un hombre y que ese mi proyecto más urgente. Luego tendré que desenterrar a otro. Y no quiero

desenterrar a otro, porque ya no será un hallazgo de la casualidad sino una parte del proyecto, y entonces sí tendré que dudar de mí mismo. Y entonces llegará la ansiedad. Son los sabores, Doc, pero también son los pavores."

Jamás conoceré a un paciente sin que me imagine el paté de mi hígado sobre las salticas de la Vero. Según ella cocinaba ella, pero nunca le creímos. Apenas se concreta el Apretón visualizo el revólver que surge del abrigo y las sogas que caen del firmamento, y los pimientos y la vajilla celeste de la Señora Iglesias y mi lomo sin alverjas. Sí, me han dicho prejuicioso antes, pero yo creo que es una necesidad del oficio. Mal que mal, yo soy el que me veo con los psicópatas en serio. Ahora es cuando viene la queja de la paga y las señaladas del dedo al gobierno, pero para eso están los otros relatos. Supongo que el tiempo paga a los formulaicos, pero ese es precisamente mi punto. En fin. Curado parece ser un buen tipo, y a esa bendición no me la veía venir. Sí, su contribución fue voluntaria, pero dada la inmortalidad del caso, bien podía visualizar a generaciones de científicos que extirpen su paciencia hasta concretar el caso. Hizo lo más sensato, que ya habla bien de él, y afortunadamente parece actuar de acuerdo a sus estándares. Digo, su monólogo de introducción fue un poco presuntuoso, pero uno está casi obligado a sonar profundo si se acaba de comer a un muerto. Me parece interesante, eso sí, su versión de las Auras, y, aunque sin duda padece algún tipo de esquizofrenia, por lo menos sí otorga algún crédito a las amebas. No es único en muchos aspectos, y si bien el muerto como alimento no se repite en todos los casos, no es una rareza tampoco. A ocho de cada diez pacientes les gusta el sabor, pero cinco de ellos no aguantan la digestión moral.

Está clara su fatalidad, pero es entonces donde entran todas estas esencias y estos perfumes de la vida realizada, y no estoy con ganas de hablar de religión. Es notable, eso sí, cómo cada paciente percibe estas anomalías, y para qué voy a querer los resultados de la gastroendoscopia cuando los únicos que leen el Informe son los de psicología. Como se imaginarán, soy un hombre de pocas mañas pero son todas efectivas, y me sortearé los análisis médicos para prolongar las descripciones post-necroantropofagia. Yo digo que el estudio de las irregularidades en la marea de los ácidos estomacales es la parte sacrificada del trabajo y que el tiempo debe vestirse en estudiar los testimonios. No tengo dudas acerca de estas prioridades. Mis colegas han comparado los supuestos siniestros con drogas que no pueden mezclarse, y otros han dicho que este maná corpóreo no tiene por qué violarse. ¡Violarse! Ellos no han visto cómo mis pacientes me narran el recorrido del muslo por la lengua y cómo trasciende al poder de las papilas gustativas y cómo regresa rodando a la punta. Cómo se les escurre la sangre por en medio de los dientes y no quieren cerrar la boca porque el viento les inventa frescuras para ellos solos y cómo sus éxtasis gastronómicos son traducidos gratuitamente a éxtasis gástricos, cómo se les da vuelta la noción de temperaturas y cómo escuchan las notas de los sintetizadores y se introducen por las pedaleras y qué les importa transformarse en musas por la eternidad cuando no tienen por qué dejar de masticar. Cómo se equivocan mis colegas. Les he dicho esto, y ellos me responden preguntando por qué entonces no me los como yo.

"Y saben que no es la gran confesión decirles que en más de una ocasión lo he contemplado. Pero en cambio soy un hombre que se alimenta de los hombres, y creo que al comparar los testimonios ya formo parte del benignísimo proceso. Creo que no puede dejarse pasar: la agitación de los pobres diablos al querer

estructurar en oratoria lo sublime y el gozar su fracaso con la más compleja de las ternuras y acariciar sus terrores y sus culpas y compactarlos en un sólo bloque que incluye también a mis temores, porque si estos no son los locos entonces cuáles, y se concretiza esta amorfa cláusula de confidencialidad y de tener derecho a excitarse con las reacciones del otro y jamás pensaré que mi labor es la pasiva. Ya se los dije: es en el hombre que se refleja la belleza y yo creo que esta especie no necesita filantropías sino nuevos mecanismos para gozarse y tal vez no me paguen sino demasiado, porque mis curaciones son las más egoístas, porque solo gozamos los dos, pero mi gozo sí es duradero. ¿Cuánto se puede alegrar una madre cuándo se le avisa que hemos retirado al muerto del intestino de su hijo? que se lo cague, que se lo cague, y el glotón lo gozó y yo lo gocé con él, y yo no creo que sólo en la complicidad directa se pueda crear un criminal, y quizás el día en que pruebe al muerto no me conmocione y me decepcione y qué placer tendré entonces de los testimonios, cuando sepa que yo no pude vivirlos. Vendrán las envidias y vendrán las ganas de un cambio de vida, y para qué voy a querer cambiar una vida que funciona por una vida que espera morirse para que poder ser disfrutada en el proceso del otro. No les digo que no puedo estar equivocado, y quizás sí sea la cobardía. Pero cuánto por perder y cómo saber cuánto se pueda ganar.”

No se puede esperar otra cosa, la verdad. La amistad es una cosa y la incompetencia es otra. En fin. Le prometí el Informe al Pirómano para la madrugada, y me ha dicho el Ascendente que acá solo tienen máquinas de escribir, pero de las viejas. Lo de la prometida es exclusivamente por las tortillas. Yo no quiero llenarme de polvo y la verdad es que las mejores reacciones se compilan ese mismo día, y eso me da tan sólo media tarde para finalizar todos los interrogatorios.

Mi tío Hugo estaba loco, y creo que por eso le queríamos más que a los demás.

Tenía este departamento en los Muelles, la playa archienemiga de los Cerros, y nunca me dejaban ir allá porque temían que el Alfonso me contagiara una de sus enfermedades no-tan-caninas, y siempre que íbamos allá llevábamos las máscaras anti-gas y temblábamos ante la presión ejercida en las paredes e incluso *olía* a que íbamos a estallar, pero salía el tío Hugo y nos saludaba recolocándonos los huesos y yo le decía al Renato que para qué vamos a regresar y creo que él no se la pasaba tan bien, porque siempre me ponía las excusas más ridículas para plantear la retirada. A veces se rendía ante las tartas de cerezo de la Vero o las salticas compradas por la Vero, pero usualmente el que se rendía era yo, y me quedaba por varias horas hasta que llegase la Tía Tuna y le mandara la mierda al Tío Hugo y al Renato y a veces hasta a mí, por falta de espíritu de lucha, y me llevaba a casa y odiaba el hermetismo de los cereales del Tío Alejandro y no es que me considerase más valiente sino que la Vero me arruinaba el paladar y me motivaba hacia la porfiadez y una de esas noches puse el Disco de la Banana y por única vez me zurró el Tío Alejandro y nunca más le volví a saludar de beso.

Luego se mudó y nos mudamos nosotros y lo dejé de ver por tres años y cuarto. No lo extrañaba, no porque me faltase esa intensísima añoranza que representa a los verdaderos cariños, sino que no lo quería todavía. El Tío era un personaje y quizás un orgullo y a veces me aferraba a sus equivocaciones para concluir que algo de esperanza tiene que haber mientras sigamos errando. De

chico perdía la fe constantemente y por suerte no le tuve cerca porque entonces me convertiría en uno de esos agnósticos promiscuos que nunca pierden el sentido del humor pero qué, por haber malgastado tácticas escépticas, pierden la fe en la humanidad apenas cruzada la pubertad y se resignan a aceptar su propio potencial. Le tenía esta bizarra ternura porque creía que no se tomaba en serio, y el día que le preguntamos si era posible levitar carrozas sin caballos dopados él nos dijo que ese era un asunto del viento, y percibimos que nos mentía pero que se veía obligado a creer en su embustería, y sólo nos vimos una vez más hasta una noche tres años y cuarto después, que bajé al lobby y encontré esta canasta con la tarta de cerezo de la Vero y ya no me sentía en el extranjero. Eso sí, la Vero no estaba en el asiento de copiloto, y era un alivio. Me resultaba una compañía estupenda y amaba conversar con ella porque la sentía joven y tenía el valor de creer en un hombre que creía que las carrozas van a volar al momento que al viento le venga en gana, y hay que decir que si bien las salticas no las preparaba ella, sabía qué quiosco y qué paté, y cuando me untaba me decía que la saltica no era sino un instrumento y me ponía el paté y de quién habrá sido esta bilis y a quién le importa, querido, si la esparces con tanta timidez; pero la Vero no siempre entendía los chistes del Tío y no lo sermoneaba sino se quedaba en el silencio más solemne y se reía de los siguientes tan exagerada, queriendo pedirme más disculpas a mí que al Tío porque yo he sido el que me he sentido a morir, porque yo, por alguna maniobra que pertenecía más al azar que a mi picardía, sí me he reído y sí le he entendido. Además, no le gustaba mucho el funk y la verdad es que a mí también me pareció un género bastante varonil desde un principio. El Tío decía que los bajos intensos les precipitaban a ambos con efectos contrarios, y apenas escuché La Supermosca zumbando por el parlante derecho, y le abracé al Tío y él me llevó a este club de jazz del centro; nos tomamos un café y

le pregunté sobre este club y esta ciudad y por qué él no tocaba el saxofón si lo comprendía tan bien. Sus respuestas son tan ambiguas que no merecen el gasto de tinta. Deben entender que el Tío era un tipo brillante pero no por eso un tipo profundo, y quizás ese era su único mecanismo de supervivencia para no morir aplastado por sus propios pensamientos; y es que el Tío no creía en las contradicciones y a veces los apoyaba a todos a la vez y a veces su escepticismo era absoluto y para qué querer pelar inconsistencias en tal firme muro de carne, y el Tío, que sabía que sus inconsistencias eran impenetrables, prefería moverse en sus propios planos de reflexión, y cómo va a preferir existir en un régimen donde se malgastase tanta energía, y por eso pensaba que estaba loco, y a quién le importa su falta de patrón al caminar o cómo me narraba saltar de balcón a balcón en madrugadas o cómo le premiaba al Alfonso después de que desmantelase los seguros de las gallinas de pelea. A mí sólo me importa cómo no me permite perseguirlo en una conversación que debería ser tan sencilla y cada vez que trazo una nueva ruta me dice cómo me ha titubeado la mano y cómo llegaré a este pozo donde terminan todos los caminos inseguros y donde pastores me darán lecciones de seguridad sin artes marciales y prefiero interrumpirle para decirle que me parece que la banda no está en su mejor forma y asiente. ¿A qué Extranjero he ido a parar? Caballeros con gel derramado protestan y yo les digo que no ha sido mi intención en lo absoluto y es sólo en este paraíso de poca personalidad que el Tío ha podido adquirir un coche decente y escapar de las gentes de tuxedo y de malos aires. Sólo en los túneles Tío vuelve en sí, ignora a las luciérnagas y me pregunta cómo estoy.

- Bien-.

Inmediatamente me sugiere salir de su coche que para la segunda revisión no tiene nada de paradisiaco excepto la Supermosca, y saca almendras, macadamias, toctes de un cesto de la cajuela y me pregunta

- ¿Cuál es el problema de los Gelregados contra los picnics nocturnos?- y qué deliciosa sensación es la precede al Tío cuando conversa con uno y qué macabro cronómetro marca el registro del estado de ánimo antes de perderlo de nuevo.

- Es que el jazz es aún más varonil que el funk, estoy seguro-.

Se ríe y hablamos sobre la Ciudad y cómo le ha recibido la Ciudad y se queja de las tiendas de discos y son tópicos tan humanos, tan ajenos al Tío, y le pregunto por qué no los pide por correo y me dice que le parece bien pero que él quiere obviar la pegada de estampillas. Hablamos de las nuevas maravillas modernas como el lamido mecánico o los sobres preilustrados, y parece interesado, y esto me reconforta pero el que pierde el interés soy yo, y los minutos pasan y los sabuesos de caza que cruzan el pasto y el Tío les dice que él es amigo del Alfonso y ellos le hacen una reverencia y se van y cuánto tiempo pasará, cuánto tiempo pasará.

- Sí, supongo. Hay días en que me la creo que sólo puedo conversar con la Vero y me pregunto por qué la Vero accede a conversar conmigo si sólo le propongo las indirectas más entrelazadas, y hay otros días que ella pide conversar conmigo y yo le digo que no hay tiempo para ajetreos. Nos miramos en silencio y pequeñas canicas caen de su bolsillo y yo le reclamo estupefacto y ¿cómo te retribuyes después de una ofensa semejante? ¿Cómo va a creer que el living va a mejorar con pequeñas canicas escarlatas? Casi nadie visita la casa estos días y cuando visitan es la Vero la que sale de emisaria cuerda. Yo, en cambio, salgo a

estas amargas caminatas sobre el césped del frente y cuento vacas, ovejas, montículos de estiércol que deben ser evadidos y los anoto en el letrero pero las vacas me cagan, porque se cagan, y debo corregir y corregir y es una excusa estúpida para salir de casa porque el piano se averió, la acústica se perdió, las canicas rojas que pueden caer en cualquier momento y nadie me quiere vender un saxofón sin mostrarles primero el examen de la conciencia. A veces me pregunto dónde la perdí y qué vergüenza decirle al Coronel que con mi alma debemos tomar atajos y me dirá que sin noción del bien y el mal el jazz me va a matar, y cómo le voy a tener miedo a la muerte si la incertidumbre sonora me traslada a esos infiernos, y eso te lo digo hoy como le dije a él aquella tarde, y no, no voy a poder aprender a tocar el saxofón porque mi máximo estado de bondad limita en lo Neutral y ¿cuál es el problema con la benigna indiferencia?. Te juro que también puedo hacer el bien; no, no me acuerdo cómo, pero te juro que puedo hacerlo.-

Y cada frase la saboreo lentamente pero ansioso y por lo tanto apurado, y es en esas diminutas mutaciones que el Tío nos confirma la opinión de los sanatorios y qué hermoso fue ese día en que lo dejaron salir tras decirle que no se exponga a los arco iris y qué calor y qué diluvio y a la mierda el tratamiento psiquiátrico, he regresado. Entonces la Vero se le abalanza, y el Tío pierde el equilibrio antes y cómo nos duele a todos la caída del romanticismo que se estrella con el pavimento pero todos no somos tantos, porque el Renato está medio ido y la Laura le acompaña a la mitad más etérea, y yo le he traído estos bocadillos de café y creo que no le gustan mucho porque en la noche mientras tomábamos el té donde la Tía Rocío, no los menciona y cuando regresamos a su casa los ofrece con la mayor de las hospitalidades y pone el Disco de la Banana y ahora que lo escucho con su silueta sobrepuesta a Ciudad veo que la verdad es

que un disco más bien sobrio, poco trascendental, y cuyo único mérito es usar electroviolines con deliciosas alemanas irritantes y aún así poder mentir con propiedad. Cuando se acaba, el Tío pone un vinilo mucho más tranquilo y menos presuntuoso y lo disfruto más por su falta de ambición y es tan calmado que puedo incluso preguntarle qué tal te fue, Tío, y el Tío nos trae más nueces, macadamias, toctes y entonces el Renato se lleva a la Laura a la casa y la Vero se regresa a la cocina del piso de abajo y el Tío me cuenta cómo la Vero está cocinando mejor que nunca y saca este recipiente con galletas de avena y bocadillos de queso parmesano y me dice que cuando examina la evolución gastronómica de la Vero cree en la humanidad, de nuevo, pero en cambio esa tarde, después de tanto tiempo, no le saludó tan bien como esa vez que regresó del Oriente y que tal vez debió haberle hecho un collar, vos no te imaginas cómo pensé en hacerle un collar y cuánto tiempo tuve para hacerle un collar, pero estaba tan ocupado simulando convulsionar y simulando tener estas alucinaciones y estas telarañas de acuavisiones, cómo te imaginas que me va a ir bien si tenía que pretender estar más loco que lo que estoy y tener que cometer estas objetivas idioteces para justificar mis célebres necesidades psicológicas y estoy en el piso y cómo no se me van a reír, no te imaginas lo baratas que eran las perlas falsas y la facha de auténticas que se traían, tú sabes cuántas veces reprobé Manualidades pero en cambio esta vez tenía todo el tiempo del mundo y tuve que desperdiciarlo todo y si me he dado cuenta de algo en ese sanatorio es que no tengo remedio, que si soy un hombre soy un hombre malvado, y tal vez esta repugnante sinceridad no se deba a la confianza que te tengo si no a las nuevas galletas de la Vero, que no se comió el cuento y sabe que no me puede dejar sin medicación, porque entonces sustituiré mi indiferencia con mi maldad y voy a volver a mentirle y regresaré al sanatorio. Ya te imaginarás cómo quería conocer

la Idioteca. ¿Qué puede ser más honesto que una jorga de esquizofrénicos que saben de su impotencia pero que quieren cambiar el mundo de todas maneras? Gracias a Dios existen estos muros y estos porteros porque si nos dejan salir nos haremos de las nuestras y no, Dios, si estamos locos, y solo si sabemos que no tenemos ningún efecto sobre la humanidad y que no le traeremos ninguna consecuencia alcanzaremos a ser quién podemos ser, mucho más que ningún cuerdo, porque nosotros no obedeceremos a ninguna guía de turismo y porque si nos perdemos nos quedaremos perdidos y qué magnífico poder perderse sin asustarse y qué magnifico poder perderse y dedicarse a celebrarse. Así me lo imaginaba, no más. Porque soy un tipo malvado y cuerdo, y todos esos tiernos locos me ven convulsionar en el piso pretendiendo engañarlos, y sólo yo tengo el valor de creerme más que un tipo común y correcto y saben que tienen que atarme, porque no soy un esquizofrénico sino un lanzallamas tétrico, y me señalaban con el dedo y qué terrible es perder la ambigüedad: todo es tan claro. ¿Cómo me van a soportar? La Vero no me creyó cuando dije que estaba curado, y no creo que me hayas creído vos. No tengo remedio, y yo creía que era magnífico. ¡Tan sólo me equivoqué de enfermedad! Es que si le hubiese hecho un collar, me hubiese saludado mejor y no tendría que hacerte estas confesiones intimistas insufribles, y te estuviera convenciendo de por qué el Disco de la Banana sí puede hacerte perder la razón y te estuvieses riendo de mí, compasivo, sí, pero no fuese esta compasión tan repugnante y qué si no le hice un collar, y qué si no soy un buen tipo, y qué si no te gusta el Disco de la Banana y qué si te echo ahora, lo siento, te quiero, pero no puedo más con tu asquerosa compasión y me lanza sobre la cama de la Vero y se le caen las galletas y está llorando el Tío y está durmiendo el Tío y me regreso a la casa regalando pocas palmadas en las espaldas y tres años y cuarto sin arco iris ni tartas de cerezo.

"Ok, N. Hablé con el Curado, que, por supuesto, no se lo tomó a mal, pero la verdad es que no lo leyó completo. Para mí, la sinopsis conclusiva era más que suficiente, pero yo no soy el más tolerante de nosotros. Mira. Sé que lo hiciste con las mejores de las intenciones, pero no tienes por qué crear mártires de inocentes sólo para sazonar las clases de Cívica. No sé qué geniales interrogatorios habrás conseguido, pero sé que el Curado es un caso aparte, y yo digo que, aún así, no vale la pena. Estoy consciente de que tiene la eternidad para recuperarse, y que tal vez este sea el jalapeño que necesite para apicantar su existencia, pero yo digo que lo dejemos como está. ¿Qué necesita ahora, después de todo? Habló con nosotros la otra noche. Le preguntamos por qué los seguía cavando. Nos dijo que todo hombre tiene sus pasatiempos y nos dijo que muertos nunca le faltarían. Nos pareció inútil y poco de él, y luego nos habló de sus psiconecesidades y de cómo sabía el cuerpo del negro y qué gráfica fue su profundidad y le preferimos superficial y fue el único que se emborrachó y que le lloró al Ascendente. A mí nunca me lloran, sabes, pero creo que al final del día me prefiero así, seco. Seguro te contó ciertos fragmentos. Sé que está enfermo, pero ¿crees que es justo regalarlo a la ciencia como el premio mayor de la teletón o la vacuna a una epidemia gratuita? Él no se lo merece. Y nos parece que la única solución humana es quedarnos con él. Es que seguro es culpa nuestra, y por eso nos duele tanto y por eso no le vamos dejar partir. Digo, no nuestra nuestra, ¿pero es que no lo logró la inercia colectiva? Creo que él es el único que está afrontando la inmortalidad con decencia y creo que se la pasaría mejor como maestro que como parte del material didáctico. ¿No es lo único que importa? ¿Que se la pase mejor?

Pausa, respondo, Pirómano asiente a medias y me dice que todavía tiene un par de preguntas por hacer. Está menos aliviado de lo que debería.

“¿Qué toma llevar a un hombre a eso? ¿No fuimos nosotros, verdad? Digo, porque está bien claro que no tiene salida. ¡Degustar a los difuntos! Hablamos siempre con el Ascendente y la última vez me dijo que sus excentricidades no tienen por qué ir de la mano con sus procesos mentales. Yo no sé. Yo digo ‘huevadas’. El otro día probé un retazo que se le cayó a un Tipo de Luto. Venía con marca de supermercado y todo. ¿No se la cree, verdad? Bueno, el empaque decía que estaba frito y que sabía mejor con las mermeladas moras que le hacen la competencia a la Tía Carmela. Es imposible que alguien tenga el nervio, o, Dios, el gusto. De nuevo, no quiero ser racista, pero, ¿cuánto se fortalecerá el sabor con consistencia afroeuropea? Y todas las madrugadas me despierta y los rugidos de la litera y entiende que me despertó y me dice que no es lo que yo creo, que no alucina, que no se le bloquean los sentidos ni huele al aire dulzón. Dice que cuando lo masca, se siente él. Dice que es como vivir de nuevo y en otro, pero más. Dice que ni siquiera es el sabor, aunque ayuda. Dice que lo reconforta, N. Que lo hace sentir completo. Y me narra cómo sabe cada parte del cuerpo y me dice qué especias se va a robar mañana de la cocina y con la pena que le tengo, cómo no voy a aceptar ser su cómplice, y me pide que le haga una tortilla pero me viene un escalofrío y no puedo decirle que sí. Se duerme, y está más cansado que yo y hay noches que sólo observo cómo se agita y cómo se estrella en el velador porque tiene las peores pesadillas y a veces le pongo otra cobija y entonces grita y el sudor se le escurre dentro de la boca y ve a por más Negro. ¡Es un adicto, N! Y yo me quedo en la litera de arriba, esperando pero queriendo dormirme de nuevo y cuando regresa, ya no conversamos. Se levanta tarde la mañana siguiente, y cuando llega en la Bebida, es el único que se emborracha. Yo le cargo, siempre, y

le viene este pavor a vomitar. Dice que no puede dejar que el negro se estrelle contra el piso, y me lleva a su baño que él mismo ha construido de fragmentos de estatuas, y te digo, N, es perfecto. Entonces vomita todo lo que puede y tiene un perfume magnífico y a veces hasta come un poco más. Ahora habla de la inhalada. ¡Va a jalarlo, N! Me pregunto cómo no pierdes la cordura vos, que tienes que trazar sus hipotéticas rutas. Me pregunto cuánto vamos a durar nosotros. Pero no tengo el corazón para calcular, como no tengo corazón para juzgarlo. Tiene que quedarse. No he querido causarte la impresión equivocada. Me maravilla y me sorprende y nos sorprende a todos, todos los días, y es el único que no ha sucumbido a la rutina. De eso también he conversado con el Ascendente. ¿A dónde iremos a parar nosotros? No te imaginas las sonrisas del Curado cuando regresa del hueco. ¿Habrá él encontrado la felicidad, o será su vida incluso más tediosa que la nuestra? ¿Y si nos mantenemos cuerdos, o al menos parcialmente cuerdos? ¿Y si no? ¿Hay una manera mejor de aceptarlo? ¿Hay una manera mejor de ayudarlo, y sí ayudarnos? ¿No será nuestro paraíso la creación de una eventual jorga de tiernos locos que recitan epitafios y que detienen a la fermentación?”

“No tengo idea, pero no sería saludable para los cultivos del Demonio.”

“Ja. Bueno, N. Quiero que quemes el Informe. Yo sé que el Ascendente, en cambio, no te va a decir nada, y puede que hasta piense que estoy equivocado y que sí es lo mejor para el Curado. Sé que no puede tener razón, y sé que él lo va a entender luego. Pronto. Te pido disculpas por no predecir tus resultados con anterioridad, pero sé que también le encontraste el encanto al resto de pasos del proceso. Tu redacción, por el otro lado, es espléndida. Qué lástima. Tenemos que quedarnos con él. Estoy seguro que lo necesitamos más que ustedes.”

“Ok.”

“¿Sí?”

“Sí.”

Esa noche quedé con el Curado para que me ayude a cavar. Se sentirán traicionados, por supuesto. No me creerán tan manipulable como para derrumbar mis ideales a la primera suplica, pero es que los cimientos no los puse yo. Qué lástima: al menos me dejaban con el aliento intacto. En fin. Creo que después de reflexionar acerca del paciente y no obviar su inmortalidad sino complementarla con su condición, no me quedan dudas acerca de las desventajas de la Contemplación. Además, sostuve las conversaciones más interesantes con el Curado, qué, por supuesto, tendré que obviar por el acuerdo de confidencialidad. Igual los chistes eran bien oscuros. Conversé sobre esta censura, también, y me dejó parafreasear sólo fragmentos poco explicativos.

- ¿Qué ves?-

- No, el Arriero. La verdad, me gusta mucho más lo que hicieron en Sumo, pero como que sí falta el espíritu rockero.-

- ¿A Luca Podrán le faltó el espíritu rockero?-

- ¿Lo siento? Cuando más funcionaba es cuando se dejaba llevar. Relajadito, mejor.-

- No, no. Igual Borges decía que-

- No se refería a eso, ¿verdad?-

- No. -

- No se trata de lo que veo, Doc. Me atrevo a decir que únicamente interviene el gusto. No se necesita más, ¿verdad? Recuerde usted a los perros calientes sin ají de la Sra Iglesias. Eran sublimes, sí, ¿pero no mentiría al decir que escuchaba su inocencia? ¿Es verdad que sus salchichas tenían el corte propicio? No, Doc, y es porque daban lo mismo, y sé que la mayoría de los comensales regalaban las buenas críticas en el Mural por su textura, pero no, Doc, y yo no soy nadie para menospreciar a los críticos culinarios, pero si se les regaba la malteada de morocho encima, no era el pan aguado el que arruinaba la experiencia: era el infortunio lechoso, el incómodo manoseo lácteo, y ya no tenemos expectativas, ya no queremos comprarle otro; no porque no sean carísimos, sino que se nos quedó el reflujo de miseria atascado en la garganta que nos grita y nos re-grita que el más intenso de los perros calientes ya no nos va a sacar de paseo.-

- Esta no la había escuchado nunca.-

- Es que un muerto no es un alucinógeno, Doc. ¡Cómo se imagina!-

Y la verdad es que no me suenan convincentes ni a mí cuando los releo, pero este tipo de cosas se apilan y cuando a uno le cae la caja, le duele. Ya no sé cómo contenerme. Me muerdo las uñas y fallo al intentar memorizar epitafios. No voy a decir que el Curado se demoró una eternidad en llegar, porque sería distorsionar los acontecimientos y la verdad es que venir en puntillas del Mausoleo a la Cripta con semejante pala sobre el hombro no puede ser tan fácil, tampoco. Eso sí, la cavada nos resultó eterna, y eso que la hicimos por turnos, y si bien el Curado me dijo que todavía podía compartir un poco de Mauricio, yo quería hacer las cosas bien por ser la primera vez. El dice que me iba a ser difícil. Recién ahora el Curado me confiesa que encontró al Mauricio de pura

casualidad, y que sus prioridades eran más bien antipolíticas. Casi no le creo al principio, pero me doy cuenta de las escasísimas probabilidades de encontrarse raspando la tierra porque no hay nada para la merienda. No me dice que él no lo hubiese hecho: yo les dije que era un tipo considerado. También hago un esfuerzo y tengo éxito al obviar las circunstancias génesis y le veo al Curado que cava desinteresado y me siento parte de esta inintercambiable confraternidad caníbal. Se lo digo al Curado, que sonrío y no responde. Yo no sé si son los nuevos minutos los que se están desarrollando tardíos, pero para cuando me llegan los olores, siento que ya pasó su hora. Ahora quiero contradecirle al Curado porque la verdad es que los pavos de la Marlene no eran tan buenos pero cuánto ayudaban las fragancias y los modismos al servirlo y a mí ni siquiera me gustaba tanto el camote, pero no digo nada, porque veo la culminación de las raíces y la tierra que deja de escurrirse y superada la cortina de arena, no veo otro obstáculo que el cerrojo del ataúd y el Curado me pasa la llave sin demoras y yo ni siquiera planeo suspirar porque esta noche el aire abunda y quizás abrumba, pero de chiquito me decían que de grande podría filtrarlo. Me siento grande y arrojé el candado y escucho cómo se contraen los arbustos y la vieja tenía razón, este no es un buen cementerio.

Suspiro, y es que creo que no puede ser un pecado tan atroz. “Luna nueva y para qué vamos a desperdiciar aullidos, ¿no?” Pero no escucho ni la más ligera celebración al comentario y ni planteo reclamar un punto de vista cuando me percato que Curado se ha ido. Este es un momento duro, y seguro él lo sabía, y seguro él también acá quiso abandonar.

Quiero comprobar su pasada presencia, de todas formas, y las huellas dactilares de la pala son sólo mías y sé que no es justo porque fui el último en empuñarla pero quizás el Curado no haya estado aquí. ¿Es que el Curado existe?

¿Qué toma llevar a un hombre a esto? No es que las comparaciones sean frías, es que su temperatura es imposible. ¿Cómo, si no, voy a explicarlo? Mi desenlace, este desenlace, no es sino la única conclusión razonable a mi pérdida de control. ¿Cuál es mi verdadera profesión? ¿Qué hice esta tarde en este cementerio? Puedo palpar las lágrimas del Pirómano en mis muñecas rogándome que quemé el Informe. ¿Lo quemé, de todas formas? ¿Lo escribí, siquiera? Quiero convencerme de mi redacción espléndida. Pero si voy ahora, no regresaré, y es un momento peculiar para concluir que la vida nunca me ha dado suficientes segundas oportunidades. Es duro. Ya me imagino al Curado a carcajadas en esos horribles arbustos a prueba de sonido y ya me imagino cómo me odiará mañana en la mañana si me retiro ahora, después del trabajo de sus metatarsos por el trote en puntillas.

Aún me siento grande y sé que todavía puedo filtrar el oxígeno. Parece que no tengo escapatoria, y si todo fue una fantasía, eso incluye a la redacción espléndida. No vale la pena excusarme, ¿verdad? Es el único desenlace razonable, ya lo he dicho. No quiero reiniciar, no voy a reiniciar.

-¡Qué toctes te conseguiste, Tío!-, y puede que haya perdido muchas de sus destrezas pero jamás dudaré de su abandono al rebasar tranvías. Atravesamos florestas polvorientas y dialogamos poco: ¡cuántos búhos y cuánta caféina nos pusieron en el centro! Creo que no me hubiese dormido de todas formas porque yo no subestimo el poder de un buen amanecer. No le he preguntado al Tío a dónde vamos pero la vía se me torna familiar y, mierda, debe ser otro paseo a la nostalgia y, mierda, qué amanecer tan poco significativo, las nubes siguen igual

de anchas y el sol está ligeramente rosado. El Tío no se lo puede creer y me pide disculpas por traerme a los Cerros con un amanecer mediocre, yo no le digo que no es su culpa sino le digo que no se preocupe, que para la próxima, y nos salimos del carro, el Tío sonrojado, y nos sacamos los zapatos y nos quedamos en las orillas y las olas que hoydía están tan tímidas y ¿qué ritual tan espantoso involucrará el mar en silencio? -Este.- y el Tío se reincorpora y me reincorporo y sentados miramos el horizonte y no hay pelícanos ni babas de gaviota.

- Yo le maté al albino.-

Entonces se tumba sobre mi hombro y me llena de los mocos y entiendo que el Tío Alejandro también entendió que el Disco de la Banana es hermoso pero no trascendental, y cómo estaba justificado cuando no me dejaba ponerlo. Igual lo quisiera ahora, porque no soporto las olas mudas: me hacen preguntar si la Marlene cocina mejor que la Vero y si las piernas de la Tía Tuna son mejores que las piernas de la tía Vero y qué monstruosos son estos cuestionamientos cuando los mocos en el hombro son del Tío y es que no le puedo culpar por el amanecer, si nunca son tan poderosos tampoco.

Sí, la Angélica tenía los mejores ojos del planeta. La mirada, por el otro lado, no es gran cosa. Tenían en su contra a una portadora insoportable, y quizás por eso no me sorprendió redescubrirlos mirando hacia la esquina opuesta del sarcófago. ¿Pero cómo me voy a resentir? Quizás sólo yo podía avistar la espuma que los limita, y quizás sólo yo podía imaginar su relleno pulposo y sus néctares regados en el cuero blanco, y quizás sea perturbadoramente cruel, desgarrador, inhumano. ¿Es que no importa nada más que las facultades nutritivas? Hay un interruptor en la otra pared de cuero y seguro que a eso apuntan los ojos, pero no

tiene nada de particular. Digo, yo hubiese mirado hacia arriba a la primera ventisca. Hay un cadáver, también, pero no es la Angélica, porque sonrío. Debe ser la Laura, que se ve fatal. Es que no he explicado todavía esos ámbares que he tenido que doblar para avistar la espuma y para sacar los ojos de su estuche a prueba del tiempo, y por ende me veo forzado a explicar cómo todavía no cambian de rumbo, y creo que no mismo me van a contemplar. Los agarro por el rabillo y los dejo caer en cada palma y cómo se escurren los fluidos de la clarividencia entre los huecos entre los dedos y cómo voy a saber cuándo daré el primer mordisco. Creo que estoy en lágrimas porque la primera lamida no me sabe del todo pura y está llena de estas sales y de este humus y de estos minerales y me viene esta genial idea de diferenciar el lamer para limpiar y el lamer para lamer y cuando lo acaricio de nuevo siento mucosas y submucosas que tienen que tienen que pertenecer a mi labio pero también siento el Aura del que tanto me hablaba el Curado, y me sabe a capulí. Es maravilloso porque es un capulí cosechado con tus propios dedos sin que la Marlene te ayude a levantarte y sin que el Renato te haga competencias, un capulí nocturno que pescaste por su singularidad y llevaste a la cocina para bañar en esas fragancias de pavo de la Marlene y la Tía Tuna te dice que si le vas a dar un trozo, y le niegas, sólo uno chiquillo, no, y lo dejas caer en cada palma y lo manoseas una vez y otra vez y quieres que una capa de tu piel se quede adherida al capulí para comerte a ti mismo, pero fructoso, vegetal, lleno de pulpas y néctares que no pueden ser humanos y qué ventiscas exquisitas que no puedes tocar no puedes escuchar pero puedes introducir en tu receta que va más allá de la cosecha y te preguntas por qué no lo hiciste antes y es que estás tan joven. Sincronizado con el saboreo finalizado, el ojo se revienta, llega el Ascendente y ya estás lleno, pero de saliva. ¿Dónde quedaría el paño morado de la Susanita?

"No querrás darle un mordisco, ¿verdad?" Y no se imaginan qué terrible es este ataúd sobreiluminado y acciono el interruptor antes de perder la calma y el ataúd se apaga y los faros se prenden al unísono y minúscula gota que corre por la mejilla de la Vieja de las Flores y quién sabe de qué sustancia estará constituida y me mete tres tiros en la frente y qué puede ser peor que un resplandor artificial a la medianoche y el Ascendente se justifica con "Discúlpanos, pero no podíamos dejar salir a un tipo que, bajo efecto de flora alguna, prefiere a los atardeceres por sobre los amaneceres." Por lo menos la Vieja tiene la delicadeza de quitarme la pólvora de la cara.

Tres días y mi tumba delimitada por una sola rosa, orquídeas, bromelias, lurques, lirios, laquelinas, crisantemos y hartos pétalos independientes de escasa ondulación clavados en esponjas verdosas no tan baratas. Es un éxito sin precedentes, tan sólo superado diez minutos después, cuando el Tío Alejandro le responde al Tío Hugo con "Y supongo que no lo sé" después de evitarse por todas esas horas en todos esos aeropuertos. Qué oportunas escalas, repletas de silencio premeditado, tan poco trascendentes, tan hermosas de todas formas.